

mejor lo que para seguirle a él se necesitaba. Y volviéndose a la gente que le seguía, les dijo:

«—Si alguno viene a mí y no odia a su padre, y a la madre y a la mujer, y a los hijos, y a los hermanos y á las hermanas, y además hasta la propia vida, no puede ser mi discípulo».

No quiere, claro está, que se tenga odio verdadero a los parientes, lo cual sería una inmoralidad muy grande. Pero este era el modo de hablar, y como lo explicó en otro sitio que escribe San Mateo, lo que quiere es que cuando los parientes se opongan a que el hombre siga a Jesús, entonces se los aborrezca, y se los abandone, y que nadie ame más a los parientes que al Maestro. Esta es la doctrina verdadera.

Otro precepto les dió, que ya en otra ocasión les había dado. Para que no pensasen que al ser sus discípulos iban a medrar y prevalecer en el mundo, y por si acaso traían aquellos pensamientos de gloria que alrededor del Mesías solían forjarse, les dijo:

«—El que no lleve a cuestras su cruz y venga en pos de mí, no puede ser mi discípulo».

Y para que no se dejen llevar de inconsiderados propósitos, les aconseja que antes de darse a él miren lo que hacen, y les dice:

«—¿Quién de vosotros al querer edificar una torre no se sienta primero y se pone a calcular el gasto, para ver si tiene para acabarla? Porque si no, a lo mejor pone el cimiento y no puede poner fin, y todos los que le ven, comenzarán a burlarse de él y dirán: Este hombre comenzó a edificar y no pudo rematar.

»O ¿qué rey cuando va a hacer guerra a otro rey, no se sienta primero y delibera si es bastante fuerte para salir al encuentro con diez mil hombres al que le viene con veinte mil? Y si no lo es, cuando aún aquél está lejos, despacha una embajada a pedir paz.

»Así, pues, el que de vosotros no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo».

Es, pues, necesario que antes de entrar en la escuela de Cristo y de ponerse a seguirle como discípulo, se vea si uno tiene fuerza y constancia bastante para ello.

Bueno es ser discípulo de Cristo, pero, si después se deja de serlo, es peor. Y por eso dice:

«—Buena es la sal; pero si hasta la sal pierde la sazón, ¿con qué se la sazonará? Ni para la tierra ni para el estercolero valdrá nada. La tirarán fuera. El que tenga oídos, para oír oiga».

Y cierto, si los discípulos de Cristo que habían de sazonar la tierra hubiesen perdido la sazón y la virtud evangélica, ¿con qué se los hubiera salado? Así, pues, el que quiera ser sal, mire si tiene virtud bastante para con la gracia y auxilio de Dios, no perder la sazón; porque si la pierde, solo servirá para echarlo fuera.

180. EL QUE RECIBE A LOS PECADORES

(L. 15, 1.2)

Grande era la bondad de Jesús, y delicada la benevolencia con que se allanaba a los pecadores y publicanos. Estos, sobre todo acostumbrados a ser mal mirados y recibidos, en todas partes por lo odioso de su oficio, y también por sus excesos y atropellos, que en el ejercicio de su cargo cometían, encontrábanse muy a su gusto con el aquel Maestro insigne, que no solo no se dedignaba de recibirlos y tratarlos, sino que aun les mostraba singular afecto.

No es extraño, pues, que en Perea como en todas partes, se le acercasen sobre todo los publicanos y pecadores para oírle. Y acaso los fariseos quedaban detrás de ellos, y sentidos de que el Maestro no les mostrase alguna preferencia, y los distinguiese como estaban ellos acostumbrados, empezaron a disgustarse y hablar entre sí: «Murmuraban, dice San Lucas, unos con otros los escribas y fariseos; diciendo: Este a los pecadores atiende y come con ellos».

Habían tocado un punto de los más importantes en la misión de Cristo. Quiso el Maestro de una vez explicarles sus ideas, y enseñarles el amor y afán con que buscaba a los pecadores, y no de un modo, sino de tres maneras a cuál más delicadas les explicó a ellos y nos explicó a todos cómo habíamos de ser mirados y recibidos por él los pecadores, por grandes que fuesen nuestros pecados.

181. LA OVEJA PERDIDA

(L. 15, 3-7)

«Dijoles esta parábola:

»—Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el campo y va por la que se perdió, hasta que la halla?

»Y en cuanto la halla, se la pone sobre sus hombros, lleno de gozo.

»Y en cuanto llega a casa convoca a todos los amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme la enhorabuena, porque he hallado mi oveja que se había perdido.

»Pues yo os aseguro que en el cielo habrá un regocijo igual por un solo pecador que haga penitencia, que no por noventa y nueve que no necesiten penitencia».

182. LA DRACMA PERDIDA

(L. 15, 8-10)

Y prosiguió poniendo otra parábola.

«O ¡qué mujer, si tiene diez dracmas (moneda exigua que valía apenas una peseta, por donde se ve qué pobre era esta mujer) que mujer si tiene diez dracmas y pierde una, no enciende un candil y barre la casa y busca con afán hasta que la halla?

»Y en cuanto la halla llama a las amigas y vecinas, diciendo: Dadme la enhorabuena, porque he hallado la dracma que había perdido.

»Pues yo os aseguro que en la presencia de los ángeles de Dios habrá un regocijo igual por un pecador que haga penitencia».

183. EL HIJO PRÓDIGO

(L. 15, 11-32)

Y en fin, para completar aquella misma doctrina dijo aquella preciosísima y sin igual parábola del hijo pródigo, idea divina, parábola dulcísima, retrato el más amable de la misericordia de Dios, consuelo de todos los pecadores,

imagen acabada de la ruindad y degradación del hombre que huye de Dios, y de la magnanimidad y estupenda caridad de nuestro Señor que lo redime.

No son palabras de un hombre que se figura cómo ha de ser la bondad divina, no son encarecimientos de un predicador que quiere inspirar confianza a su auditorio, no son visiones de una alma blanda y cariñosa que se imagina la bondad del Señor como ella quiere, no. Son palabras de Dios, son aseveraciones del Señor ofendido por los pecadores, son escrituras hechas con la más generosa sangre del Corazón divino.

Voy a poner la parábola, y voy a ponerla sin cambiar un ápice del texto evangélico, para que sepamos todos los pecadores cómo nos quiere tratar Dios, cómo le tratamos nosotros a él, lo que sin él somos y lo que con él podemos ser. Toda la historia del corazón humano está en esta preciosa parábola.

Decía así:

«Un hombre tenía dos hijos.

»Y dijo el menor de ellos al padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.

»Y les repartió la hacienda.

»Y al cabo de no muchos días el hijo menor, habiendo recogido todas sus cosas, se fué a una tierra lejana, y allí malbarató su hacienda viviendo licenciosamente.

»Cuando había gastado todo, hubo en aquella tierra una gran hambre, y él comenzó a pasar necesidad.

»Y se fué y se allegó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a sus dehesas a guardar puercos.

»Y estaba deseando llenar su vientre de las bellotas que comían los puercos, y nadie se las daba.

»Entrando, pues, dentro de sí, dijo: ¡A cuántos jornaleros de mi padre les sobra pan! ¡y yo aquí me muero de hambre! Voy a levantarme, voy a ir a mi padre y a decirle: Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de llamarme hijo tuyo; recíbeme como uno de tus jornaleros.

»Y se levantó y vino a su padre.

»Y cuando aun estaba lejos le vió su padre, y se con-

movió de misericordia, y corriendo hacia él se le echó al cuello y le besó.

»Y le dijo el hijo: ¡Padre! he pecado contra el cielo y delante de ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo...

»Mas el padre dijo a sus criados: ¡Pronto! traed el mejor vestido y vestídselo, y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies, y traed el novillo cebado y matadlo y comamos y tengamos festín; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y ha sido hallado.

»Y comenzaron el festín».

¡Oh! ¡qué admirable bondad la de este padre! Hasta aquí la primera parte. Viene la segunda de esta prodigiosa parábola, en la que no menos se ven las mezquindades del hombre, aun cuando sea justo y bueno.

Porque este padre tenía otro hijo mayor.

«Y estaba el hijo mayor en el campo, y como al volver se acercó a casa, oyó el concierto y los coros. Y llamó a uno de los criados y le preguntó qué era aquello.

»Y éste le dijo: Es que ha venido tu hermano, y tu padre ha matado el novillo cebado, por haberle recobrado sano.

»Y se enojó, y no quería entrar.

»Salió, pues, su padre, y se puso a rogarle.

»Pero él replicó y dijo a su padre: Aquí estoy sirviéndote hace tantos años, jamás he faltado a tu mandato; y nunca me has dado un cabrito para merendar con mis amigos.

»En cambio cuando este hijo tuyo, que se ha comido tu hacienda con meretrices, ha venido, has matado el novillo cebado.

»Mas él le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo; pero ahora era preciso celebrar un banquete y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y ha sido hallado».

Jamás, jamás se ha expresado ni se expresará mejor el misterio de amor que se verifica en la reconciliación del hombre con Dios que en esta parábola.

Aquel hijo insolente que pide lo que no es suyo y reclama la libertad que no debe reclamar, y que en cuanto la obtiene y abusa de ella se va poco a poco alejando de su

padre y de su casa y de su ciudad y se pega a un insolente ganadero que le sujeta a los más viles oficios, y que baja por toda esta escala de degradación teniendo siempre hambre y cada vez más hambre, y tanta hambre por fin, que deseaba comer lo mismo que comían los más viles animales, es la imagen horrible del pecador que pide a Dios la libertad que no le pertenece y se va, abusando de ella, cada vez más lejos de Dios, buscando su satisfacción, sin hallarla, pues a medida que pasa el tiempo y se aleja de Dios siente más hambre de placeres y satisfacciones, hasta desear las satisfacciones de las más execrables bestias... y no lograr ni aun esas. ¿No es éste aquel pecador que exclama en un arrebatado de bestial ingenuidad aquel verso, el más indigno de la humanidad y el más verdadero sin embargo: *Felices bestiae quibus non est intellectus!* Felices las bestias, porque no tienen entendimiento, y por tanto, ni conciencia, ni remordimiento en el gozar y en el pecar!?

Aquel otro hijo primogénito, justo, sí, y obediente a su padre, pero como somos los hombres, envidioso, descontentadizo, soberbio y desagradecido es la imagen de muchos justos que no tienen, no, las entrañas del padre con sus hermanos, y acaso creen que todo se les debe, sin considerar que ellos han sido mucho más felices, aunque no sea más que por haber estado siempre con su padre. ¡Con qué punzante ironía le dice a su padre: A mí un cabrito... y a ese hijo *tuyo*, que se ha comido *tu* hacienda con meretrices, ¡el becerro grueso! Ni siquiera una vez se descuida en llamarle su hermano! él se dedigna de lo que no se dedigna el padre! y eso que su padre es el Señor y él no es señor de nada!

En cambio qué padre! Padre siempre; que respeta la libertad del hijo, y no quiere tenerlo consigo a disgusto. Padre cuando el hijo se ha ido, que sale todos los días al monte vecino desde donde se divisa el camino por el que puede volver su hijo, a quien conoce que querrá volver y aguarda sin cesar; porque no hemos de creer que fué casualidad el estar allá el día precisamente de su vuelta, sino que estuvo aquel día, porque estuvo todos los días aguardando. Padre cuando le ve venir, que en vez de retirarse dignamente a su casa para aguardar allí al hijo y hacerle

ver lo criminal de sus extravíos y ganar su reconciliación, en cuanto le ve venir de lejos se echa por el camino adelante corriendo a recibir a su amada prenda, y sin dejarle acabar lo que el hijo quería decirle, lo envuelve en un torbellino de besos y abrazos y estrechándolo contra su seno lo conduce él mismo a la antigua casa, y antes de presentarlo a nadie, manda traerle el mejor vestido para mudarlo por sus andrajos, y el anillo para ponerlo en su mano encallecida, y los zapatos para calzar los pies espeados y polvorientos del viajero, y celebrar el banquete más alegre que hasta entonces se había celebrado. Padre bueno con el hijo pequeño, y bueno también y cariñoso con el hijo mayor, aunque soberbio. Y ¡qué bien responde a sus insolencias y qué hermosa doctrina le da! Tú, siempre has estado conmigo y todo lo mío es tuyo. No un cabrito, todo cuanto has comido y gastado aquí todo ha sido algo más acaso que lo que este hijo ha derrochado, y además nunca te he negado lo mismo que yo he tenido, y mejor es la suerte del justo que vive con Dios que la de cualquier pecador que anda por el mundo, aun cuando después vuelva a Dios. Y le dice delicadamente lo que el hijo mayor intencionadamente no había querido decir, *este hermano tuyo*, porque no solo es hijo mío, como tú dices, sino por lo mismo hermano tuyo.

Oh! dichosos los que habitan, Señor, en tu casa! por los siglos de los siglos te alabarán.

Oh! dichosos los que si algún día salieron de tu casa, vuelven por fin a ella porque te encontrarán! o mejor dicho, tú les saldrás al encuentro! y los conducirás de nuevo a tu casa, y les devolverás la gracia y les darás, no el novillo cebado, sino tu Santísimo Cuerpo y Sangre preciosa, y con esto la sinfonía de tus bondades, el festín de tu amor, la felicidad de tu compañía. Los que deberíamos contentarnos con ser jornaleros tuyos y esclavos de tu casa, somos recibidos como hijos y tratados con todo el amor de tu Corazón.

Padre! Padre nuestro que estás en los cielos! santificado sea el tu nombre.

184. PARÁBOLA DEL MAYORDOMO INFIEL

(L. 16, 1-13; Mt. 6, 24)

Tan dulces como nuevas habían sido las doctrinas y parábolas acerca de la misericordia divina para con los pecadores. Pero no menos nuevas iban a ser para el mundo las doctrinas que acerca de la riqueza iba a proponer.

Dirigiéndose a sus discípulos les dijo esta curiosa parábola:

«Erase un hombre rico y tenía un administrador de quien le delataron que malbarataba sus bienes.

»Y habiéndole llamado, le dijo: ¿qué es eso que oigo de tí? dame cuenta de tu administración.

»Y dijo para sí el administrador: ¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita la administración? Cavar no puedo, mendigar me da vergüenza... Ya sé lo que voy a hacer para que cuando me quiten la administración me reciban en sus casas.

»Y habiendo llamado uno por uno a los deudores de su amo, dijo al primero: Cuánto debes a mi amo?—Y él le dijo: Cien batos de aceite.—Y le dijo: Toma tu recibo, y siéntate y escribe pronto: cincuenta.

»Y dijo a otro: Y tú ¿cuánto debes?—Y él dijo: Cien coros de trigo.—Dícele: Toma tu recibo y escribe: ochenta».

Preciosa escena y que presenta al vivo la industria y diligencia de aquel administrador.

Fraudulenta era y muy injusta, y por tanto digna de vituperio. Pero aunque mala, era, según el mundo y su manera de pensar, muy buena para no quedarse el pobre en la calle. Y por eso dice Jesús:

«Y alabó el amo al inicuo administrador, porque obró sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces entre sí, que los hijos de la luz».

Qué verdad es esta! cuánto más discurren los mundanos por sus bienes y negocios temporales que los hijos de la luz por sus bienes eternos! Por eso trasladando la parábola á las cosas eternas y a los hijos de la luz, o a los que deben serlo, añade:

«También yo os digo: Procuraos, amigos, con la riqueza

de iniquidad, para que cuando os falte os acojan en las moradas eternas».

Inicua llama a la riqueza, no porque suponga que está adquirida injustamente, sino porque es causa de muchas iniquidades y pecados. Y nos advierte que con ella así como el mayordomo infiel se hizo amigos para el día en que se quedase en la calle, así también nosotros dando limosnas nos hagamos amigos en la otra vida a los ángeles y a Dios y a los Santos, para que al morir y cuando nos falten riquezas, que a todos faltan y dejan a la muerte, nos reciban bien en las moradas del cielo.

Y haciendo comparación de las riquezas, bienes exiguos y despreciables, con la gracia que es altísimo bien, añade:

«El que es fiel en lo mínimo, también será fiel en lo mucho. Y el que es inicuo en lo poco también será inicuo en lo mucho. Si, pues, en la riqueza inicua no sois fieles ¿quién os fiará la verdadera? Y si en lo de otro no habéis sido fieles ¿quién os dará lo vuestro?»

Si en las riquezas, que son cosa tan pequeña y ajena, porque son del amo, de Dios, y vosotros no tenéis más que su administración, sois infieles y no obráis según la voluntad de Dios ¿cómo podréis esperar que se os dé la gracia y los otros dones sobrenaturales y muy superiores a la riqueza? Si en administrar la riqueza inicua sois infieles, mucho más lo seréis en la gracia.

Y confirmando lo mismo bajo otro aspecto añadió:

«Ningún siervo puede servir a dos señores; porque odiará a uno y amará a otro o atenderá al uno y despreciará al otro».

Y aunque la máxima es para todos, pero especialmente explica a qué señores alude, diciendo así:

«No podéis servir a Dios y a la riqueza».

No podéis, si queréis servir a esa riqueza de iniquidad, servir al Señor de la Justicia. No. Si servís a Dios despreciaréis, de seguro, las riquezas; y si servís a las riquezas, de seguro, despreciaréis a Dios. Así había comenzado el Evangelio en el Sermón del monte: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». La primera condición que puso para servirle a él y entrar en su Iglesia y en su reino, fué la pobreza de espíritu, el

despego de las riquezas, la libertad de los bienes del mundo.

185. LOS FARISEOS SE BURLAN Y SON REPRENDIDOS

(L. 16, 14-18)

Enojosa debió ser para los fariseos que allí estaban esta predicación, y no hallaron otra manera de librarse de ella que mofarse de su Maestro. Y así, con gestos de desprecio, y acaso con impudentes carcajadas y contracciones de su burlona faz, comenzaron los ricos a burlarse del pobre y Maestro de los pobres que les echaba en cara su amor a la riqueza y les aconsejaba diesen limosna a los pobres.

«Osían todas estas cosas los fariseos, que eran amigos del dinero, y le mofaban».

Pero Jesús sin inquietarse y con mucha y solemne paz, les dijo:

«—Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos ante los hombres. Pero Dios conoce vuestros corazones. Porque lo sublime entre los hombres es abominación a los ojos de Dios».

No siempre, claro está, pero este es el modo de hablar de Jesús y de los hebreos, de poner como máxima general lo que muchas veces sucede, como sucedía en el caso presente de que se trata.

Y tomando de nuevo la palabra, comenzó a sembrar consejos y sentencias que los evangelistas reúnen en sus páginas, más cuidadosos de darnos la doctrina que de mostrarnos su enlace. Sin duda que el Señor cuando las decía las habría enlazado bien entre sí, sea con algún enlace lógico y encadenación razonada, sea acaso muchas veces, con el enlace de las circunstancias, ya respondiendo a algunas interrupciones que omiten los evangelistas, ya aludiendo a circunstancias presentes, entonces muy conocidas y ahora para nosotros del todo ignoradas. Los exégetas suelen empeñarse y discurrir mucho para encontrar el enlace y sucesión racional de las ideas de Jesucristo en estos casos. Pero no logran establecer el hilo del raciocinio. Y creemos que no lo lograrán jamás. Ni nos es necesario, aunque nos fuera agradable. Bástanos saber qué es lo que

Jesús decía y sentía, aunque no tengamos sino sentencias, que aunque ligadas cuando él pronunciaba sus discursos, hoy, perdido el hilo del raciocinio, nos aparecen desligadas. Acaso también muchas veces los evangelistas, por el parecido de la materia, reúnen en un mismo capítulo sentencias que fueron pronunciadas por el Maestro en distintas ocasiones.

Decía, pues, el Señor en esta ocasión:

«La Ley y los Profetas hasta San Juan: desde entonces se evangeliza el reino de Dios y todos le invaden con violencia. Pero más fácil es que el cielo y la tierra dejen de ser que no que una sola tilde de la ley caiga».

Parecía decir: ya pasa vuestro poder y vuestra influencia, porque la Ley y los Profetas a que aludís y en quienes, aunque interpretándolos mal, os apoyáis, dejan de ser desde Juan, porque ya el reino de Dios de que vosotros os mofáis es predicado y entran muchísimos en él con violencia ahora, y sobre todo en cuanto se anuncie al mundo. Sin embargo, no creáis que de esa misma ley que ya va a cesar se ha de borrar ni una tilde, porque se cumplirá todo lo que en el Antiguo Testamento está escrito; y lo que de él había de pasar al Nuevo, todo pasará perfeccionado, porque yo no he venido a destruir la Ley, sino a perfeccionarla y a consumarla.

De otra manera entienden otros intérpretes esta sentencia, y en efecto, de otra manera se puede traducir el texto griego así:

«Hasta los tiempos de Juan han durado la Ley y los Profetas. Desde entonces se anuncia ya el reino de Dios (que en la Ley antigua y los Profetas se anunciaban). Mas a pesar de haber sido profetizado y prenunciado, todos lo perseguís y atropelláis. Pero nada conseguiréis, porque todo cuanto en la Ley y en los Profetas estaba anunciado del reino de Dios, todo se cumplirá».

Acaso durante aquellos discursos se presentó alguna ocasión en que los fariseos, como veremos después más largamente, le preguntaron o hablaron del divorcio, pidiéndole la explicación de la Ley acerca de este punto. Y sea por ésta, sea por otra ocasión, dijo:

«Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, es

adúltero. Y el que se casa con la repudiada por su marido es adúltero».

Volviendo enseguida al tema principal de las riquezas, por el que se le habían reído despreciativamente los fariseos, terminó magistralmente la materia con una parábola que resumía todos los puntos y circunstancias actuales de la polémica, con atinadísimas advertencias a los fariseos. Dijo así:

186. PARÁBOLA DEL RICO EPULÓN Y DE LÁZARO

(L. 16, 19-31)

«Erase un hombre rico que se vestía de púrpura y baticista, y banqueteaba opíparamente todos los días.

»Y érase un pobre, por nombre Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía arrimado al portal.

»Estaba deseando hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico; pero nadie se las daba. Y hasta los perros venían y lamían sus llagas.

»Sucedió, pues, que murió el pobre y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham.

»Murió también el rico y fué sepultado en el infierno.

»Y en el infierno alzando sus ojos, estando él en tormentos, ve a Abraham desde lejos y a Lázaro en su seno.

»Y dando voces dijo: Padre Abraham, compadécete de mí y envía a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque me consumo en estas llamas.

»Pero le dijo Abraham: Hijo, acuérdate que tú recibiste tus bienes en tu vida y Lázaro al contrario, los males. Ahora él es aquí consolado y tú afligido.

»Y además de todo esto, entre nosotros y vosotros se extiende un gran abismo, de modo que los que quieren no puedan ni pasar desde aquí a vosotros, ni desde ahí atravesar a nosotros.

»Entonces dijo él: Ruégote, pues, Padre, que le envíes a casa de mi padre. Porque tengo cinco hermanos; para que les atestigüe esto, a fin de que no vengan ellos también a este lugar del tormento.

»Pero le dijo Abraham: Ya tienen a Moisés y los Profetas. Atiéndanlos.

»Y dijo él: No, Padre Abraham, pero si va alguno de los muertos a ellos, harán penitencia.

»Y le dijo: Si a Moisés y a los Profetas no atienden, aunque resucite alguno de entre los muertos no creerán».

Parecía que el Salvador tenía presente ya lo que iba a suceder cuando viniese de entre los muertos otro Lázaro resucitado dentro de poco, sin que por eso los fariseos creyesen más que creían, a pesar de tener en favor de Cristo la Ley y los Profetas.

Creen algunos, no pocos, que esta narración es histórica, y que por serlo, el Salvador da nombre al pobre, cosa que en ninguna otra parábola sucede, que dé nombre a ninguno de los sujetos que en ella intervienen. Y bajo el supuesto de que sea historia, muchos se dieron a investigar quién fuese el rico, y aun señalaron y señala hoy la tradición cuál fué la casa del malaventurado. Los más, y esto parece lo cierto, creen que no es historia, sino parábola como la del mayordomo o la del samaritano o la del hijo pródigo. En la que, sin embargo, hay muchos rasgos reales fuera de la existencia de esos individuos rico y pobre.

Muchas cosas propias del infierno y del seno de Abraham están metafóricamente expresadas para la inteligencia popular. Así el pedir el Epulón una gota de agua en la punta mojada del dedo de Lázaro, significa cómo al condenado se le ha de negar hasta el mínimo consuelo; el abismo interpuesto entre el seno de Abraham y el infierno del Epulón, significa la imposibilidad por la disposición de Dios, de pasar de un lado a otro; la compasión que muestra el rico Epulón por sus parientes no es imposible en un condenado, sino natural acaso; si bien Nuestro Señor pone todo ese diálogo con la libertad que se tiene en las parábolas, en las que se arreglan las circunstancias acomodadamente a la doctrina que se quiere explicar.

¡Y qué hermosa y cuán hermosamente está aquí la del Maestro!

¡Qué advertencia a los ricos que se sumergen en placeres, gastándose en vicios y francachelas cotidianas sus riquezas!

¡Qué consuelo a los pobres que viven sin poder saciar

su hambre ni de migajas de ricos, sin poder cubrir sus cuerpos ni de pingajos de poderosos!

¡Qué contraste entre la opípara abundancia del Epulón y el hambre de Lázaro! aquél cubierto de púrpura y batisa, éste cubierto de llagas y miseria; aquél sentado a espléndida mesa, éste apoyado en el quicio del portal; aquél servido de criados, éste rodeado de los perros que con tanta abundancia recorren las calles de las ciudades orientales; aquél muere y va en silencio sin que nadie se aperciba ni le acompañe al seno de Abraham; éste muere y se sabe su muerte y se le celebran exequias que el texto griego da a entender que fueron solemnes.

En cambio la vida siguiente cambia del todo las dos condiciones.

El pobre Lázaro, recibido y acariciado por su padre Abraham, goza y descansa, mientras viene la hora de la redención de Cristo que los lleva a todos al cielo. Ya recibió bastantes males en la vida.

Mas el rico Epulón muere, recibe exequias, cierto, pero es sepultado en el infierno y metido en terribles tormentos. A las mesas espléndidas y banquetes diarios han sucedido hambre continua y miseria hasta de una gota de agua con que mitigar su sed...

Y para mayor pena, desde el sitio de su tormento levanta la vista y ve allá en brazos de su padre Abraham, lejos, a Lázaro. ¡Cuántas veces también desde el sitio de sus penas el pobre Lázaro, desde el quicial de la puerta levantó su vista hambrienta hacia las espléndidas habitaciones del Epulón, y vió desde lejos el gran convite del rico!

Una gota de agua pedía el rico a Lázaro, y una migaja de pan había pedido muchas veces el pobre al Epulón.

No se la quiso dar el Epulón a Lázaro, y no se la pudo dar Lázaro al Epulón.

¡Terrible mudanza de fortunas!

187. ACERCA DEL ESCÁNDALO

(L. 17, 1.2)

Concluída esta materia, fué uno tras otro dando varios consejos y preceptos acerca de la vida de la Iglesia, y sin

salirse de las presentes circunstancias de este día, cuando aún duraba el dego amargo del escándalo que los fariseos habían dado riéndose de las enseñanzas divinas, una vez que respondió á éstos cumplidamente acerca de las riquezas y con la parábola que había expuesto los dejó callados y pensativos, volvióse a sus discípulos y les dijo:

«Es imposible que no vengan escándalos. Pero ¡ay de aquel por quien vengan! Más le valdría que le pusiesen una rueda de molino al cuello y lo arrojasen al mar, que no escandalizar a uno de estos pequeñuelos». Y señalaba a los pequeñuelos que allí estaban, á los niños en edad y a los niños en carácter y firmeza mental, como era el pueblo.

188. SOBRE LA CORRECCIÓN FRATERNA

(L. 17, 3.4; Mt. 18, 15-17)

Para que sus discípulos, sin embargo, fuesen caritativos con las faltas del prójimo, les dijo:

«Mirad por vosotros. Si tu hermano peca contra tí, ve y corrígele entre tí y él solo. Si te atiende y se arrepiente perdónale y habrás ganado a tu hermano.

»Y si siete veces al día peca contra tí y siete veces al día se vuelve a tí, diciendo: Me pesa, perdónale.

»Si a tí no te atiende toma todavía otro ú otros dos, para que en la autoridad de dos o tres testigos estribe todo dicho.

»Si no atiende a estos, dilo a la Iglesia.

»Y si ni a la iglesia atiende, sea para tí como el gentil y el publicano».

Esta delicada gradación en la reprensión fraterna, aunque aún no estaba establecida la Iglesia católica, la daba sin embargo para ella, estableciendo así, con muy prudentes cautelas, el modo más hermoso de evitar faltas de caridad y enemistades que, una vez rotas, difícilmente se componen. Lo primero es que los ofendidos se arreglen entre sí, sin dar escándalo. Luego que procuren con la autoridad de otro u otros dos árbitros formar un tribunal amigo de dos o tres, los cuales, por tener más autoridad, podrán muy bien forzar más al ofensor que haya faltado y argüirle con más entereza. Cuando con estos medios amigables nada se

haya conseguido, se invoque la autoridad de la Iglesia, y al decir de la Iglesia alude sin duda, como lo prueban los mejores exégetas, a aquella Iglesia de que habla el Evangelio en otra parte que Jesucristo prometió fundar en San Pedro, remitiendo a la autoridad de la Iglesia, por su vicario o quien él señalare, el último juicio para perdonar o retener las culpas.

189. AUTORIDAD DE JUZGAR EN LA IGLESIA

(Mt. 18, 18)

Y pasando a más elevado asunto, que completaba el que estaba diciendo, y dirigiéndose solemnemente a sus apóstoles, les dijo:

«En verdad os digo: todo lo que atéis sobre la tierra estará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra, estará desatado en el cielo».

Gran facultad la que aquí concede a los apóstoles, y tal que parece increíble.

A San Pedro se la había concedido ya cuando le nombró Piedra de la Iglesia. Aquí la concede a sus apóstoles, aunque dependiendo y estribando en Pedro como en piedra de todos. Más tarde, antes de subir a los cielos, la volverá a conceder, más solemnemente aún, a los apóstoles al enviarlos a predicar con facultades parecidas a las que él trajo del cielo. Entonces explicaremos el alcance de tan gran prerogativa, concedida a la Iglesia en su legítima representación.

190. VALOR DE LAS ORACIONES UNIDAS

(Mt. 18, 19.20)

Aquí el Señor añadió una doctrina preciosa que infunde muchísima confianza en los que vivimos reunidos en su nombre y para su gloria.

«También os digo que si dos de vosotros se concertan en la tierra sobre cualquier cosa que pidieren se les atenderá por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

La promesa no puede ser más animosa. Donde estén dos o tres reunidos para alguna cosa de gloria y honor de Cristo, propia de su misión al mundo y del fin de la Iglesia, esos dos o tres no están solos, sino que está Cristo con ellos: la plegaria que dirijan al cielo va unida y realzada con la interpelación de Cristo, con sus méritos y dignidad infinitas; por donde es imposible que no sea atendida y cumplida. Acaso puede el Padre negar nada al Hijo?

Y si donde estén dos o tres está el Hijo, ¿qué será en las congregaciones? ¿qué en las sagradas religiones? y ¿qué sobre todo en los concilios de la Iglesia?

191. CUÁNTO SE HA DE PERDONAR

(Mt. 18, 21.22)

Mucha mella debieron hacer en Pedro las palabras en que se le concedía la facultad de perdonar, y no se distrajo de aquello a pesar de estas cosas que después dijo el Maestro. Y por eso apenas concluyó de hablar Cristo, se le acercó y le dijo:

«—Señor, ¿cuántas veces pecará contra mí mi hermano y le perdonaré? hasta siete?»

»Dijole Jesús:—No te digo hasta siete sino hasta setenta veces siete».

Que era como decirle todas las veces que después de pecar viniera arrepentido.

192. EL SIERVO QUE DEBÍA DIEZ MIL TALENTOS

(Mt. 18, 23-35)

¡Ahl qué poco hacemos nosotros en perdonar a nuestros agraviadores, por graves que sean sus agravios, y por repetidas que sean sus ofensas! Preclaramente nos los dió a entender el buen Maestro añadiendo esta parábola.

»Por eso el reino de Dios se puede comparar a *(lo que pasó con)* un rey que quiso ajustar cuentas con sus criados.

»Al comenzar a ajustarlas le trajeron a uno que le debía diez mil talentos».

Suma enorme equivalente a 60 millones de pesetas, y si se trataba de talentos hebreos, a 120 millones.

»Mas como no tenía con qué pagar, mandó su señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo lo que tenía, y que se le pagase».

Tal era el derecho oriental en muchos sitios.

»Entonces el criado aquel, postrándose a sus pies, le comenzó a adorar, diciendo: Ten paciencia conmigo y todo te lo pagaré.

»Compadecido de aquel siervo el amo, lo soltó y le perdonó la deuda.

»Pero saliendo el siervo encontró a uno de sus consiervos que le debía cien denarios, y agarrándole le ahogaba diciendo: Paga lo que debes.

»El consiervo entonces, cayendo a sus pies, le suplicaba diciendo: Ten paciencia conmigo y todo te lo pagaré.

»Pero él no atendió, sino que fué y lo echó en la cárcel hasta que pagase lo que debía.

»Viendo, pues, sus consiervos lo sucedido, lo sintieron mucho y fueron y contaron a su amo lo que había sucedido.

»Entonces el amo llamándole, le dijo:—Mal criado! te he perdonado toda aquella deuda, porque me lo rogaste, ¿no era justo que tú también te compadecieses de tu consiervo así como yo me he compadecido de tí?

»E irritado el amo lo entregó a los sayones hasta que pagase todo cuanto debía.

»Lo mismo os hará mi Padre celestial a vosotros si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano».

Tal es la idea de Jesús acerca del perdón. Si el Padre nos perdona a nosotros deudas inmensas, no de diez mil talentos, ni de sesenta millones, sino infinitamente mayores ¿no vamos a perdonar nosotros a nuestros consiervos y hermanos deudas pequeñísimas de cien denarios, suma exigua, que no llega ni a la sexagésima parte de un talento?

El siervo que oyó de su consiervo las mismas palabras que él había dicho a su Señor, debiera haberse acordado de la dulce y misericordiosa respuesta que le habían dado, y a ejemplo de ella debiera haber perdonado a su consiervo con mansedumbre, o al menos haberle esperado, pensando qué hubiera sido de él si no se le hubiese perdonado.

No lo hizo así, y de ese modo nos demostró cómo es mucho mejor y más misericordioso con nosotros Dios

que los hombres, y cómo es verdad lo que decía David, que es muy preferible caer en manos de Dios que en manos de los hombres.

En efecto, mucho más espero el perdón de Dios por mis pecados, que la indulgencia del hombre por mis faltas.

193. PODER DE LA FE

(L. 17, 5-6)

Uno de estos días dijeron a Jesús los discípulos:

«—Aumentanos la fe».

Y el Salvador les repitió la misma doctrina que en otra ocasión les había dado:

«—Si tuviérais fe como un grano de mostaza, diríais a este moral, desarráigate y plántate en el mar, y os obedecería».

Tan grande es el poder de la fe, que, llegado el caso, con ella pueden hacerse y en efecto se hacen los más estupendos milagros.

194. QUE NO DEBEMOS
ENGREIRNOS POR LAS BUENAS OBRAS

(L. 17, 7-10)

También uno de estos días dió a sus apóstoles una nueva doctrina de humildad.

Movido acaso por la vanagloria que ostentaban claramente los fariseos, como si ellos fuesen santos y observantes, o tal vez por alguna vanidad que sintiesen los apóstoles por haber hecho aquellos días algunas buenas obras, o en fin, con otra ocasión que no sabemos, el Maestro les dió esta sencilla parábola:

«—¿Quién hay entre vosotros que si tiene un siervo arando o guardando el ganado, cuando vuelva del campo le diga: Vaya, pasa y come? ¿No le dirá más bien: Prepárame la cena, ponte el delantal, y sírveme mientras como y bebo, y después comerás tú y beberás?»

»¿Acaso muestra agradecimiento al siervo porque ha hecho lo que le mandó? No lo creo.

»Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que

os han mandado, decid: Siervos somos sin provecho; hemos hecho lo que debíamos hacer».

Y en los hombres, que mandan con imperio, cierto, podrá haber orgullo y soberbia, porque al cabo siervos somos todos. Pero Dios es el Señor de todos, y nunca podremos engreirnos, pues por mucho que hagamos nunca haremos ni siquiera lo que debemos.

195. VUELVE JESÚS A JUDEA

(J. 11, 1-16)

De esta manera predicando por la región recorrió Jesucristo la Perea, evangelizando al pueblo y deteniéndose sin duda en varios pueblos, aunque no los menciona el Evangelio, y pasando así el espacio de algunas semanas, mientras se aplacaban o distraían los odios de los judíos que le buscaban para la muerte.

Mas acercábase ya el tiempo de ella y la hora de ir a arrostrar el peligro, tal como estaba señalado en la Providencia. La ocasión fué la enfermedad y muerte de uno de los mejores amigos de Jesús, de Lázaro.

Vivía este con dos hermanas suyas, Marta y María, en Betania, a tres cuartos de legua de Jerusalén. Era familia bien acomodada, piadosa, cortés, hospitalaria y muy amiga de Jesús. Cuando el Maestro estaba en Jerusalén visitaba con frecuencia su casa, y Lázaro era tan conocido y amigo no solo al Maestro, sino a todo el Colegio de los Apóstoles, que Jesús le llamaba «nuestro amigo».

De María ya dijimos en otra ocasión cómo disienten los doctores sobre si fué la misma pecadora que ungió los pies de Jesús en casa del fariseo, o fué otra distinta; nuestra opinión se inclinaba más a creer que fué la misma la que entonces se convirtió, la que hospedó al Señor, la que de nuevo le ungió los pies antes de morir, como veremos, y la que le acompañó al Calvario y le vió en la resurrección.

Marta parece que era la hermana mayor y la que dirigía la casa.

Lázaro el único hermano, pues carecían sin duda de padre, era el Señor de casa y el apoyo de las dos huérfanas.

Estaba, pues, el Salvador en Perea cuando enfermó Lá-